

GERARDO PIÑA-ROSALES¹

AUTORRETRATO

*Le destin il est vrai m'a donné une apparence humaine
Mais un étrange étranger habite en moi
Je le connais mal et il m'arrive à l'improviste
D'y penser comme on se réveille en sursaut*
Jean Cocteau

*Young I drank beer and vomited green bile
Older drank wine vomited blood red
Now I vomit air*
Allen Ginsberg

Cuando distinguir no pudo un pálido de un tinto, el parroquiano abandonó la tasca y, dando tumbos (para vergüenza y escarnio vuestros), fue a dar con sus huesos a un duro banco de la Plaza de Bibarrambla, donde solía dormir sus ya proverbiales borracheras saturninas.

Al filo de la medianoche comenzó a llover. Al principio fueron sólo unas gotitas, pero a los pocos minutos se había desatado un

¹ ANLE, RAE y ASALE. Catedrático en la *City University of New York (Lehman and Graduate Center)*, escritor, ensayista, investigador y promotor cultural. Tiene una amplia y variada producción en estudios críticos y literatura creativa. Es Director la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE). Adicionalmente a sus intereses académicos es un eximio fotógrafo profesional. Sus últimas obras son *Don Quijote en Manhattan* (2015) y *El secreto de Artemisia y otras historias* (2016). <http://www.anle.us/230/Gerardo-Pina-Rosales.html>

aguacero de muy señor mío. Sin apresurarse, con parsimonia, nuestro hidalguelo cruzó la plaza y fue a guarecerse del chaparrón en una cabina de fotos al minuto, donde se las ingenió, pese a las reducidas dimensiones del cubículo, para repanchigarse en un taburete giratorio, frente al objetivo de la cámara.

Con ademán chulesco –ajeno a su luciferina vanidad–, el caballero se ajustó los quevedos sobre el montuoso caballete de la cyranesca nariz, se enderezó el ala del negro chambergo, se alisó con etílica salivilla las guías del fumanchesco bigotillo castaño y, arrebujiándose en su capa de lana bereber, encendió la pipa de ébano con incrustaciones de ámbar.

La lluvia tamborileaba sobre el techo metálico de la cabina. Colándose por debajo de la mugrienta cortinilla de entrada, un viento helado y ululante le chicoteaba los bajos raídos de los pantalones vaqueros.

Desde el fondo del desazogado espejo, unos ojos turbios y severos le escrutaban. Entonces, y por entretenerse, introdujo una moneda en la ranura: el fognazo de un flash lo cegó por una milésima de segundo, le sobrevino una violenta arcada y regurgitó sobre el objetivo el vino, el pan, el chorizo y hasta los pepinillos.

A la mañana siguiente, nuestro gentil dipsómano se despertó entre vómitos y orines y, profiriendo toda una retahíla de palabrotas dignas de un loro prostibulario, fue a lavotearse las pitañas a la fuente que preside la plazuela. Tres cafés y un par de ginebras Larios le aliviaron la oceánica resaca y acabaron de reconciliarle con el mundo.

Después, y ya más entonado, se encaminó hacia la Catedral.

Como era ya habitual en él, nuestro personaje se sentó en las escalinatas del templo, a unos pasos del parteluz, y, tras colocar el sombrero a sus pies, como por arte abracadabrante de birlibirloque sacó del embozo de su capa moruna una flamante flauta travesera, que, tras breve y delicada soba, principió a tocar con raro virtuosismo y arte.

Al poco tiempo, una turbamulta de ninfetas hippies, vesánicas y sentimentales, encandiladas por los ritornelos pastorales del “Prélude à l’après-midi d’un faune” debussyano, se fueron recostando en los marmóreos peldaños de la escalinata, ávidas de los antañones sonos del pícaro flautista.

¡Había comenzado el concierto!

A media tarde, nuestro héroe, que gracias a la munificencia de sus fieles melómanas había recolectado ya un considerable montoncede de curruscantes monedas cobrizas, enfundó la flauta y desdeñando los calurosos aplausos y encendidos piropos de su enverracado auditorio, se dirigió, una vez más, a La Sabanilla, con el sólito y exclusivo propósito de reiniciar allí su sacrosanto rito personal del pan y el vino, del chorizo y los pepinillos.



© Gerardo Piña-Rosales, 2016